

DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA INCORPORACIÓN DEL ACADÉMICO ALBERTO VARILLAS MONTENEGRO

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Que acierto el de haber elegido la casa de Ricardo Palma para que Alberto Varillas, que ahora preside la Casa Museo, se incorpore a nuestra corporación disertando sobre las sociedades literarias de la segunda mitad del siglo XIX. La ocasión es propicia para recordar el discurso con que Palma celebró, en la universidad de San Marcos, en 1917, el reconocimiento oficial de nuestra institución como Academia Correspondiente de la Real Academia Española. Si bien en 1887, con conocimiento de Madrid, habíamos conseguido agrupar en la Academia Peruana a los peruanos que ya eran Correspondientes de la casa madrileña, sólo entonces un decreto real español había reconocido la existencia de una Academia Peruana correspondiente de la Real española. Impedido por razones de salud de asistir a la ceremonia, Palma había encomendado a Víctor Andrés Belaúnde la lectura de su discurso, y había aprovechado la ocasión para exponer algunas ideas ya adelantadas, treinta años atrás, acompañadas ahora por reflexiones que hoy conviene resaltar. Empeñado por aclarar qué significaba ser académico Palma repetía su alusión al

“ejemplo envidiable que en 1791 dieron los peruanos que crearon la académica sociedad de *Amantes del país*”

Y nos proponía hacer obra ‘útil y duradera’ a fuerza de ‘perseverancia en el trabajo’. ¿Cuál era la misión que Palma sentía que debía necesariamente cumplir por entonces la Academia? Prefiero leer a don Ricardo:

“De reacción contra la depravación de los ideales estéticos, y contra la corrupción del noble idioma castellano con que las modernas generaciones literarias, por snobismo y falta de lastre cultural, más que por sincera tendencia evolutiva, están pervirtiendo el arte literario” (BRAE, V, 1918, 57-58)

A las sociedades literarias les habían interesado, en Europa y en América los temas literarios por entonces, sin duda recogiendo el influjo de las sociedades literarias europeas de la época. Pero ya a principios del XVIII había comenzado a adquirir importancia el lenguaje. La primera preocupación de la Academia española había sido, en realidad, el diccionario y la gramática. De alguna manera, se vislumbra esa inquietud en Palma, que se hace efectiva en sus trabajos lexicográficos. Pero aquí vemos el vínculo de las dos corrientes, que, en el 17, se disputaban la inquietud. El modernismo estaba en la mesa de los debates, y el propio Palma lo reconoce, como vemos, en su discurso:

“Debemos transigir con el modernismo en lo que tiene de renovación, de frescura, de nuevos puntos de vista y de ampliación de conceptos artísticos; pero la Academia Peruana, si cumple su deber de control de las formas literarias y de la limpieza del idioma, debe condenar las torpezas vacías de contenido estético y moral, las bastardas orientaciones del pensamiento poético, las monstruosas desviaciones del ideal lírico y del desmedro de nuestras letras, a que está conduciendo la falta de seriedad y solidez con que la juventud aprovisiona su inteligencia y adopta fácilmente las extravagancias y perversiones del ideal, por la comodidad y facilidad que significan toda falta de técnica y respetos.” (ibid., 58)

El discurso se cierra promoviendo la necesidad de

“Volver a despertar la veneración por los grandes maestros españoles y americanos y el gusto por el arte clásico, no porque

sea antiguo, sino porque es bueno, sería una obra espiritual a que la Academia Peruana, la Universidad y el Ateneo de Lima podrían llevar a buen término.”

Acierto grande de las academias de América fue haber asignado importancia a la literatura. Interés grande para todas las sociedades literarias y académicas europeas, a lo largo de los siglos XVI y XVII y XVIII, fue el lenguaje.

La orientación de las academias americanas estuvo centrada, más que en la literatura, en el lenguaje. La misma RAE inaugura sus actividades con el Diccionario. La gramática y el léxico constituyeron para la Española preocupación fundamental. Las palabras de Palma, sin duda, enfrentan la nueva realidad americana: el lenguaje modernista está mirando a la vinculación de literatura y sociedad. Varillas se hace eco de esa realidad, en la misma línea inicial, heredada entre nosotros del Círculo Literario.

Variado es el horizonte que nos ofrecen los estudios con que Alberto Varillas se llega a la Academia. Advierto su interés por la relación entre lo literario y lo histórico desde sus inquietudes iniciales, en 1951, en el Seminario de Filología del Instituto Riva Agüero, preocupación que fue afianzando más tarde con su vocación por temas como el desarrollo y la población, ilustrada en el libro que escribe al alimón con Patricia Mostajo. Se va acrecentando así su interés por el quehacer de las gentes: qué hacen, qué leen, qué escriben, adónde van. No nos puede extrañar, entonces, que se sienta atraído desde sus años universitarios por el método de las generaciones, que halla un primer y medular gran avance en el libro que en 1992 dedica a la literatura peruana del siglo XIX. Esa misma preocupación explica que comience a interesarse por aclarar la trastienda de las sociedades literarias y sienta la necesidad de explorar el quehacer literario vinculado con los hechos sociales. Se interesa por las sociedades literarias, le inquieta la vida académica, le preocupa el periodismo, crisol que en el XIX explica el quehacer de nuestros mejores escritores del siglo. La historia está decididamente vinculada con la literatura: no lo duda. Y si el periódico ofrece información constante sobre el quehacer ciudadano, no puede extrañarnos que Varillas se

interese en buscar en las páginas periodísticas testimonios de la evidencia de esta relación y postule urgidos senderos de investigación. Sus trabajos sobre la influencia ejercida por Fernando Velarde en nuestra escuela romántica, el significado de la crítica de Riva Agüero, a la que dedica un prólogo sustancioso, van confirmando que la crítica literaria en la que se inscribe no puede prescindir de sus vínculos con la historia. Era esperable, vistas así las cosas, que el tema de las sociedades literarias lo tentase y que, como buen testimonio de su saber, lo respalde hoy en esta singular ceremonia de incorporación.

Tras valorar los estudios con que ilustró las obras completas de Segura, y cuando nos aprestamos a reflexionar sobre su meditada valoración de la actividad periodística hasta 1850, recibimos en la Academia Peruana a Alberto Varillas, sabiendo que robustecerá entre nosotros el trabajo en un terreno urgido de investigación segura y provechosa. Sin una indagación esmerada en las páginas periodísticas no podremos entender lo que significó entre nosotros el modernismo literario. Su formación rigurosa y persistente le ha permitido a Varillas frecuentar paralelamente el campo de la literatura, el campo de la historia de las ideas, alertándonos sobre el período en que ese paralelo desarrollo era indispensable para comprender a nuestra sociedad peruana. Cuando, para editar las obras de Segura, prefirió las ediciones de 1858 y 1869 (tomando con cierto recelo la de 1885), porque le daban más seguridad, concuerda con la urgencia de ofrecer los textos más convenientes para una futura y probable edición crítica. Y eso ya anuncia que estamos asistiendo a un serio planteamiento de crítica literaria, con indispensable rigor filológico.

En 1992 Varillas eligió este epígrafe de Washington Delgado: “Se puede acertar o no, pero siempre hay que partir de un esquema”. Al recogerlo revela Varillas una conciencia clara de su formación. El acierto que lo acompaña, desde su irrupción en el mundo de la crítica literaria, ha servido siempre para mostrarnos su activa presencia al ofrecernos esquemas y desarrollos que nos muestran la historia real y minuciosa de nuestra literatura virreinal y de la republicana. Con trabajos de esta naturaleza será en adelante provechosa nuestra empresa investigadora en la Academia. Si bien es verdad —como afirma Varillas— que “hasta

la fecha nadie se ha animado a preparar un estudio exhaustivo sobre nuestras sociedades literarias, cierto es también que todo cuanto se realice en ese campo hallará, en el trabajo que hoy nos ha leído, estímulo eficaz y modelo serio de lo que significa un “análisis cabal” de lo que pudieron influir efectivamente en nuestra literatura las sociedades literarias y, en caso afirmativo, “ponderar la importancia de aquellas que pudieran considerarse rescatables”. Falta emprender —y Varillas lo ratifica— ‘un análisis cabal’ de las veladas, tanto de Juana Manuela Gorriti como de Clorinda Matto de Turner, estudio que nos permitirá asegurar un ámbito preciso de la literatura, de la cultura o de la página social. Ya es un paso avanzado el realizado por Varillas, pues es válida su hipótesis de trabajo: deducir una intención liberal atractiva para los escritores jóvenes, que terminan, así, orientándose “hacia posiciones políticas partidarias” y una tendencia conservadora de “estabilidad sustancialmente mayor” y que suele mantenerse “al margen de cualquier alteración política”. A Varillas le interesa averiguar, más allá de estas conclusiones elementales, si hay dentro de las mismas instituciones “un no estudiado antagonismo generacional”. Y esta viene siendo inquietud de Varillas desde sus horas universitarias, como ya nos lo había confirmado su investigación sobre la literatura del siglo XIX. Aquí, como en ese libro, ha evitado los adjetivos y se ha esmerado en el indagar paciente y escrupuloso. Y eso porque nunca le interesaron, como programa de investigación, las promesas y las ilusiones sino las claras realidades. Cuando Varillas piensa que no cabe distanciarse de la historia, está repitiendo, en verdad, una recomendación ínsita en las viejas tradiciones de Palma. Pues es en estrecha relación con la historia como se debe estudiar el desarrollo de la literatura. Varillas reconoce que no es tarea fácil puesto que no siempre es posible aludir a hechos aislados.

Él mismo lo comprobó al enfrentar la posibilidad de aplicar el método de las generaciones y nos ofreció testimonio de preocupación. No hay duda de cómo siente Varillas que quien quiera hacer crítica literaria no podrá ignorar la estricta vinculación del hecho literario con la vida social. No es que crea necesario hacer sociología de la literatura, sino que su objetivo exclusivo es ‘estrictamente hermenéutico’. Como lo postuló Adrian Marino, al sentenciar que

“una sociología por así decir etimológica y semántica, siguiendo directamente en los textos y sobre textos el modo en que el término ‘literatura’ implica una dimensión social.” (*Hermenéutica ideii de literatura*, Cluj, Ed. Dacia, 1987, p.334)

La imagen ‘social’ de la literatura no viene de afuera, sino de lo interno de la reflexión literaria. A lo largo de sus estudios Alberto Varillas ha vivido seriamente ligado a esa convicción y ha robustecido los estudios de crítica literaria entre nosotros.

Repito, por todo esto: qué bien que nos hayamos reunido en la vieja casa de Palma esta noche para conversar sobre sociedades literarias. En la vieja Grecia, a orillas de Cefiso, existía un paseo rodeado de plátanos y olivos. Lo había obsequiado el ciudadano Academos. En una casa cercana tenía Platón su casa de campo, y en ella reunía a sus discípulos para conversar sobre historia y literatura. Varillas nos ha facilitado y revivido ese recuerdo al hablarnos de las sociedades literarias y de las academias de la segunda mitad de nuestro siglo XIX. Con esta lección, la Academia Peruana siente que lo que fue científica preocupación de Guillermo Lohmann Villena sigue vigente entre nosotros. Y con esa convicción, sentimos que es bienvenido a la Casa Alberto Varillas, y que su ayuda servirá para robustecer el rigor de los trabajos histórico-literarios en el Perú.